

Iglesia á todas las tribus que ocupaban la península, de una á otra costa, que abrazaba un espacio de 40 leguas de extension. Tan grande fué su ascendiente, que en la época desastrosa de los levantamientos del Mediodía, á pesar de la desesperacion y extremidades á que se veian reducidos por la miseria y las ardientes sugerencias de los pericues y de los coras, los indígenas mostraron una fidelidad á toda prueba y ofrecieron asilo á los padres y á los neófitos de la mision de Nuestra Señora de los Dolores.

Para ejercer este ascendiente, sin el cual no hay conquista espiritual, es necesario ante todo agradar; el papa san Gregorio el Grande ha dicho: "El pastor debe desear agradar á los hombres, no por interés de sí mismo, sino para hacerles amar mas fácilmente la verdad." La amenidad, el dulce atractivo en las conversaciones, una sabia condescendencia para con los débiles, forman, necesario es confesarlo, el espíritu de la Compañía de Jesús, carácter que para algunos mundanos, ó para gentes preocupadas, es un motivo de crítica ó por lo menos de extrañeza.

CAPITULO XX.

CONTINUACION.

La embarcacion llegó felizmente á la Paz, conduciendo al padre Nápoli acompañado del capitán D. Estéban Rodriguez y de cuatro soldados. Apenas vieron al misionero cuando los indígenas le rodearon, y besaban á porña las manos y rodillas; en seguida le condujeron en procesion á la Iglesia, en donde el padre Jaime Bravo le recibió con muestras de fraternal afecto. De allí pasaron el capitán y los soldados á la bahía de las Palmas, invitando á los indígenas para que fuesen á la mision; mas estos huían, internándose, y dejaban desiertos sus aduares: ¡triste presagio! El padre Nápoli, desalentado por esta retirada é inquieto por la tardanza de las chalupas, sufrió otro contratiempo cayendo de su mula tan violentamente, que se le creyó muerto.

Recobrado al fin el padre, se paseaba una tarde cerca de su tienda con el objeto de examinar la costa; de improviso se le presentó un hombre, especie de gigante, con el cuerpo rayado de rojo y negro, un tosco lienzo á las espaldas, un cinturon formado de tiras de piel terminadas en patas de animales salvajes, llevaba

en una de sus manos un abanico de plumas que agitaba y en la otra un arco y una flecha; detrás de él venían otros muchos indios de aspecto no menos horrible. Todos ellos daban alaridos acompañados de gestos espantosos. Al verlos pensó el padre Nápoli que no le quedaba más recurso que encomendar su alma á Dios; elevó los ojos al cielo, y sobreponiéndose á su natural timidez se adelantó resueltamente hácia aquella satánica figura, y, echando una mirada desdeñosa á la furibunda tropa les dió á entender por señas que le reconociesen por amo y les desafiaba á que se le atreviesen; mas viéndoles desconcertarse les hizo seña de que se adelantasen y les distribuyó algunos objetos de fantasía de que estaba siempre provisto. Encantados los salvajes depusieron desde luego toda actitud hostil y se disputaban quién acudiría primero á recibir los obsequios del misionero: de regreso al punto de reunion, todos le siguieron. El padre los colmó de nuevos presentes, los hospedó y continuó dispensándoles favor.

“Volveremos, dijeron al partir; pero no mostréis á nuestra vista estos feos animales que nos causan miedo y que son desconocidos en nuestra tierra.” Hablaban de los perros y bueyes que nunca habían sido vistos en el país.

Los salvajes volvieron al día siguiente en número de quinientos divididos en grupos. Llevaban algunos presentes que consistían en producciones del país; no se trató entonces mas que de cambios. La tardanza de la chalupa

causó por un momento viva inquietud, pero los salvajes fueron los primeros en descubrir la embareacion que llegaba con las provisiones.

Se fundó entonces una nueva mision; comenzaba apenas á prosperar, gracias á los trabajos de abono de la tierra, laborío y pastos de ganados, cuando se vió comprometida por la repentina desaparicion de todos los indígenas. Sorprendido de esta fuga imprevista é inexplicable, el padre, llevando consigo un soldado y un intérprete muy ignorante, partió en la misma noche en busca de los fugitivos. Al primero que encontró le dió afectuosas quejas, á que contestaron aquellos pobres indígenas: “Viéndolos acompañado de soldados del territorio de la Paz que habitan nuestros enemigos los guaycuros, nos entró temor.” Al ver las paredes que se construian para formar la iglesia, habían creído que se trataba de alzar una fortaleza contra ellos; contribuyó á corroborar sus temores la circunstancia de entrar tres guaycuros que fueron á la Paz en busca de una mula, lo cual interpretaron los coras como un lazo que les tendían sus enemigos.

En fuerza de dulzura logró el padre Nápoli disipar sus recelos; muchos se decidieron á volver con él, pero á la mañana siguiente ocurrieron nuevas alarmas á que se siguió otra desaparicion de los salvajes. La presencia del padre Bravo, que hablaba muy bien el idioma guaycuro, lejos de impedir el mal solo sirvió para que los indígenas, que creían ver en él al jefe de sus enemigos, se diesen mas prisa en

huir. No obstante, poco á poco hombres y mujeres fueron presentándose llevando á sus hijos para que recibiesen el bautismo como los de la Paz, decian ellos.

A poco solicitaron de los misioneros que tratasen la paz con sus enemigos; la reconciliacion fué celebrada con danzas y festejos el 4 de Setiembre. El padre Nápoli bautizó á veintinueve niños; las mujeres venian todos los dias á presentarle otros nuevos para que echase las santas aguas sobre su cabeza. Así fué que aquel pueblo, tan desconfiado al principio, no podia pasarse después sin los misioneros. Precisados estos á regresar á la Paz dejaron á los indígenas todas las provisiones de que podian disponer, ofreciéndoles volver pronto.

Durante esta ausencia bajaron á la mision algunos de los habitantes de Cerralvo, quienes mataron á varias mujeres y niños entrando á saco en la poblacion, y no hubieran perdonado la iglesia si el temor á los guaycuros no les hubiese contenido. Para vengar este atentado penetró el capitán con su tropa en la isla de Cerralvo y persiguió á los insulares hasta en las cavernas y las rocas. Muchos fueron muertos; las descargas de mosqueteria espantaron tanto á los demás que no volvieron á parecer por allí.

El padre Nápoli, de regreso á la bahía de las Palmas, escogió un punto menos distante de la Paz y en él estableció el centro de su mision. Este punto se llama Santa Ana y se encuentra situado á 30 leguas de la Paz. Pronto se concentraron allí las poblaciones vecinas. La ige-

sia, edificada en 1723, estaba ya bastante adelantada cuando sobrevino un terrible huracan precisamente en los momentos en que el padre asistia á los divinos oficios. Los indígenas acudieron á refugiarse en la iglesia, mas como no se hallaba aun bien asegurada la viguería del techo y las paredes no estaban secas, la fuerza del viento echó por tierra la fábrica, lo que ocasionó la muerte de muchos y no pocos heridos y lastimados, perdiendo otros la razon por el terror. El padre Nápoli desplegó en esta triste ocasion toda la abnegacion paternal de su corazon; sin embargo, después de la catástrofe los parientes y amigos de las víctimas tramaban diariamente complots contra el padre, obstinándose en condenarle como matador de los suyos; por fin, los que escaparon del desastre lograron persuadirles de que aquellos desgraciados se habian refugiado en la iglesia de su libre voluntad.

Reconstruido el edificio fué dedicado á Santiago.—Se procedió á la siembra de maíz pero aquel pueblo, entregado á los mas vergonzosos desórdenes, no pudo soportar el yugo del Evangelio. “Odiaron al que los congregaba y abominaron á aquel que les hablaba la verdad.” (Amos, cap. V, v. X.)

CAPITULO XXI.

LOS COCHIMIÉS.

Los cochimies habian manifestado al padre Piccolo deseos de abrazar el cristianismo. Algunas visitas de misioneros habian mantenido estas buenas disposiciones. En 1728 el padre Luyando, jesuita mexicano, hombre de gran virtud y talentos superiores, se presentó para ir á fundar una nueva mision en California. A la oferta de su persona añadió la de su fortuna que consagró á la fundacion del establecimiento. Luego que arribó los naturales le visitaron en masa; al cabo de dos dias ascendian á mas de 500. Preparados, como lo estaban, y algun tanto instruidos por el padre Sistiaga, ansiaban instruirse mas y confirmarse en la fe evangélica. El padre Luyando se encontró, pues, con un terreno bien dispuesto para recibir la semilla que él deseaba distribuir; bautizó á gran número de adultos que garantizaron bastante su sinceridad, arrojando al fuego todos los instrumentos y otros objetos destinados á la práctica de la magia en sns ceremonias. Así, todo pros-

peraba en aquella tierra bendita, el cultivo de las almas no menos que el de los campos.

El padre Luyando era inteligente y además muy aficionado á la agricultura; trazó desde luego un extenso y bello jardin en el que reunió gran cantidad de plantas exóticas; se ocupó después en la formacion de viñedos, olivares y plantacion de higueras y cañas de azúcar que fueron el origen de la prosperidad material del canton, y contribuyeron al progreso del cristianismo.

Pero no bastaba esto ni para la felicidad de los habitantes ni para el celo infatigable del padre Luyando, quien fundó en el país varias pequeñas poblaciones en cuyo centro se levantaba siempre una modesta capilla destinada á las devociones del dia; este era un medio de ejercitar á los indigenas en el arte de edificar. Se les veia, pues, ó fabricando ladrillos ó aserrando madera para formar pequeñas chozas, cuya utilidad aun no comprendian bastante, pues que costó no poco trabajo determinarles á alojarse en ellas; ¡tan acostumbrados estaban aquellos hijos de la naturaleza á vivir frente á frente de su madre, á respirar el aire libre de los bosques y de los campos, á asentar su planta en las rocas de las montañas como en las arenas de los desiertos!

Pero sucedió, como en los primeros dias del mundo, que el enemigo del género humano, despechado al ver la felicidad de aquella naciente sociedad, excitó en el corazon de algunos de los indigenas una devoradora envidia. El

padre mostraba predilección por un catecúmeno á causa de su virtud, y esto bastó para que los salvajes le ahorcasen.

El padre Luyando creyó deber dejar á Dios el cuidado de castigar al culpable: "hay faltas que es necesario tolerar cuando la corrección seria peligrosa." (San Gregorio el grande.)

Y en efecto, al año siguiente todos aquellos desgraciados perecieron víctimas de una enfermedad epidémica. Una tribu, vecina de la misión, que veía con disgusto la rapidez de las conversiones, trató de hacer morir á tres adultos recién bautizados. Estos últimos no pudieron escapar sino refugiándose en la iglesia. ¡Ah! ¡cuánta dulzura, cuánta paciencia, cuán ingeniosa caridad necesitaba el buen padre Luyando para someter á una religión de mansedumbre y de amor aquellas gentes tan bárbaras, dominadas por adivinos y mágicos! Persuadido de que necesitaba frecuentes comunicaciones con estos hombres de carácter tan intratable, el padre Luyando los determinó á abrir caminos numerosos para llegar á la misión, ofreciendo recompensar á los que trabajasen con más celo. En esta vez tuvo también que experimentar pruebas terribles y multiplicadas la caridad. Crímenes contra los neófitos, ó ya que los salvajes infieles caían de repente sobre la tribu convertida asesinando dos ó más hombres y alguna joven, y no perdonando sino á los que se refugiaban en la iglesia. Las tribus vecinas intentaban tomar las armas para vengar tan odiosos ataques; pero la previsora caridad del padre se es-

forzaba por aplacar su justa indignación: "Sois cristianos, hijos míos, les decía; perdonad estos agravios que Dios os recompensará por ello." A estas palabras todos los nuevos cristianos se sentían dispuestos á perdonar y deponían las armas. De esta manera el padre esperaba mover los corazones de los bárbaros agresores. A este fin les exhortaba, les hacía algunos presentes, en una palabra, los alhagaba. Pero, ¡ah! ¿cómo podrían formar idea del perdón de las injurias, que es, si puede llamarse así, la quinta esencia de la caridad, aquellas pobres inteligencias careciendo de la luz de la fe? Los alhagos prodigados á aquellas bárbaras tribus solo sirvieron para hacerlas más audaces; así fué que continuaron saqueando, matando y haciendo huir á todos los cristianos que encontraban á su paso y llegaron hasta á amenazar el centro de la misión.

No teniendo el padre Luyando ni armas ni soldados, se retiró á la misión de la Guadalupe en donde encontró al padre Sistiaga; ambos se dirigieron á san Ignacio decididos á atacar al enemigo sin aguardar á las tropas de Loreto, muy distantes para que pudiesen socorrerlos. El sacerdote no es agresor, no lleva la guerra sino la paz, pero al mismo tiempo es pastor vigilante y responsable y por esto defiende el rebaño encomendado á su guarda. En las grandes épocas de la Iglesia los santos no han empuñado las armas homicidas, pero sí han alentado y secundado el valor de los combatientes. Un hecho análogo nos refiere la historia respecto

del poeta Sinesio elevado á la silla de Tolemaida. Hallándose sitiado con su pueblo por los bárbaros, persas y parthos, no se contentó con hacer fabricar armas sino que dirigió por sí mismo los trabajos de defensa, se puso a la cabeza de los habitantes y montó la guardia en persona, sobre los parapetos, á la vista del enemigo.

El padre organizó, pues, grandes preparativos de guerra, hizo un llamamiento á las tribus cristianas y todos se ocuparon en la construcción de arcos, en apilar piedras para flechas, en colocar grandes cuchillos á la extremidad de largos mangos de madera. Luego que los 700 combatientes pasaron revista, se determinó que fuesen despedidos los menos aptos pues á ello obligaba también la escasez de provisiones, y solo quedaron 350 hombres llenos de valor y decisión.

Pero era necesario dar un jefe á aquella tropa compuesta de diversos elementos, y solo un jefe, pues el padre estaba persuadido de que la unidad es la que da fuerza al mando. Así lo comprendieron también los indígenas. Se encontraba entre ellos un joven dotado de todas las cualidades que tal cargo requería.—Recogido y educado desde muy niño por el padre Ugarte que tuvo ocasión de conocerlo cuando se construía la balandra, creció y se formó á su vista, llegando á ser persona de verdadero mérito. Elegido, pues, para capitán, se puso en marcha con la tropa.—El enemigo estaba acampado al pié de una montaña. Llegada la noche,

los cristianos se dirigieron silenciosamente hacia él y le rodearon completamente mientras dormía; al despuntar el día un formidable grito que repitieron los valles vino á despertar á los salvajes, quienes se levantaron aterrados y acudían á las armas en completa confusión; mas viéndose cercados por todas partes y acometidos por los cristianos, renunciaron al combate y se dejaron desarmar á excepcion de los que corrieron á dar el alarma.

Este triunfo no costó ni una gota de sangre; los 34 prisioneros que se hicieron, fueron llevados por la tropa victoriosa á san Ignacio; una vez allí, pasaron inmediatamente á la iglesia para dar gracias á Dios por aquel pacífico suceso. Después se dió á los soldados un festín y en seguida se reunió una especie de consejo de guerra para juzgar á los prisioneros, quienes fueron reconocidos culpables de crimen capital, por lo que se decidió trasladarlos á Loreto. Grande fué la alegría de los nuevos cristianos al ver esta determinación, pues temian tener que aplicar el castigo por sí mismos y dar muerte á sus enemigos. Esta circunstancia presentaba una bella oportunidad para dar una lección de caridad á aquellos buenos salvajes. Así fué que los padres inspiraron á sus neófitos el deseo de perdonar la vida á los prisioneros condenados. Al día siguiente se reunió de nuevo el consejo; los indígenas, acompañados de los padres, suplicaron á los jueces que perdonasen á los desgraciados culpables y aun que no los enviasen á Loreto. Enternecidos los soldados solo

condenaron á los rebeldes á recibir algunos azotes por todo castigo. Comenzaba á ejecutarse la sentencia en el principal culpable cuando los jesuitas imploraron de nuevo gracia completa y absoluta en favor de los otros. Este ejemplo de mansedumbre aumentó los sentimientos de fe y de fervor entre los recién convertidos é inspiró á los prisioneros tal veneracion y reconocimiento hácia los padres, que muy pronto estuvieron dispuestos á recibir el bautismo.

Pero los padres no satisficieron desde luego este piadoso deseo. Queriendo probar la sinceridad de aquellos hombres les contestaron en términos llenos de afecto, pero difiriendo poner en práctica su pretension. Poco tiempo después insistieron los indígenas, animados de un sentimiento de fe imperioso y suplicante, por decirlo así: "Si no quereis bautizarnos á nosotros, decian, haced al menos que nuestros hijos sean cristianos."

Hubo que ceder á esta exigencia del ardor paternal, y solo se privó de esta gracia al hijo del jefe que los excitó y capitaneó en la rebellion. Este hombre partió con el corazon traspasado de dolor, pero con gran sorpresa de todos volvió á pocos dias llevando en los brazos á su hijo y conjurando con lágrimas en los ojos á los padres para que se dignasen bautizarlo tambien. No era posible resistir á una súplica tan patética.—No trascurrieron dos meses y ya todos los prisioneros, con sus familias y sus amigos, estaban instruidos. El infatigable Santiago, misionero de santa Rosalia Mulega, fué

á reemplazar en la mision de san Ignacio al venerable Luyando que sucumbia bajo el peso de tantos trabajos.

Hácia la misma época murieron sucesivamente el padre Piccolo á la edad de 79 años, y el padre Juan Ugarte á la de 61. La muerte del primero tuvo lugar en Loreto y la del segundo en la aldea de san Pablo, perteneciente á la mision de san Javier.

CAPITULO XXII.

NUEVAS MISIONES.

Los constantes disgustos, los esfuerzos siempre perseverantes de los padres Guillen, Bravo y Nápoli que se sucedian en las misiones meridionales de los Dolores, de la Paz y Santiago, lograron al fin, con ayuda del cristianismo, civilizar á los Uckities, los guáicuros y los Coras, naciones péfidas y turbulentas. Cansados de la vida pura y regular que era preciso llevar entre los cristianos, muchos sacudieron el yugo y excitaron sediciones entre los fieles. Uno de ellos llegó hasta el grado de herir á uno de los padres con una flecha, mas el padre, á fin de ocultar el atentado de que habia sido víctima,